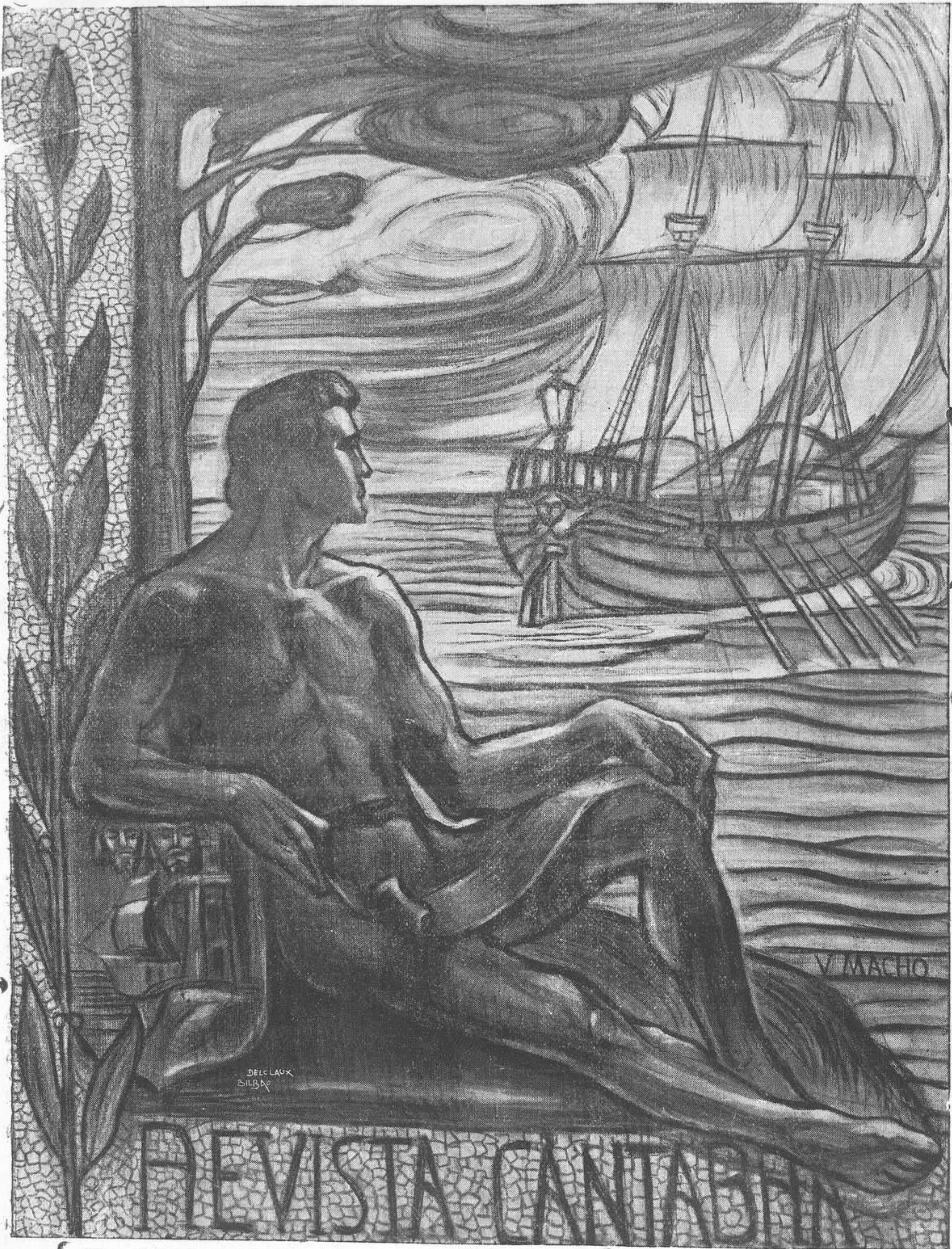


Santander 24 de junio de 1911

Número 180

DONATIVO
DE LA
BIBLIOTECA DE
SANTANDER
1892



Memorias de una cincuenta

Novela por Evaristo Rodríguez de Bedia

Precio de este número: 20 céntimos

NOVELAS publicadas por REVISTA CANTABRA

La coja del Machichaco, por Fernando Segura.

El amor de Carnaval y el Carnaval del amor, por Francisco Arpide y José Montero.

Del mismo tronco, comedia en dos actos, por Enrique Menéndez Pelayo.

Cuento de leones, por Alberto L. Argüello.

Mi tía la soltera, por Angel de Castanedo.

ACADEMIA MINERVA

Colosía, 1. — SANTANDER

Bachillerato.—Comercio oficial y práctico.—Academias militares y de la Armada.—Ingenieros industriales.—Ayudantes de Obras públicas, Montes y Minas.—Topógrafos.—Estadística.—Aduanas.—Correos.—Telégrafos.—Tabacalera.—Banco de España, etc.

Este Centro de enseñanza cuenta con un numeroso personal docente con títulos académicos ó profesionales.

Pídanse Reglamentos en la Secretaría

NOVELAS DE REVISTA CÁNTABRA

En el número correspondiente al día 29 de julio
aparecerá

UNA INTERESANTE NOVELA
por JOSÉ MONTERO.

Precio de este número: 20 céntimos

Revista

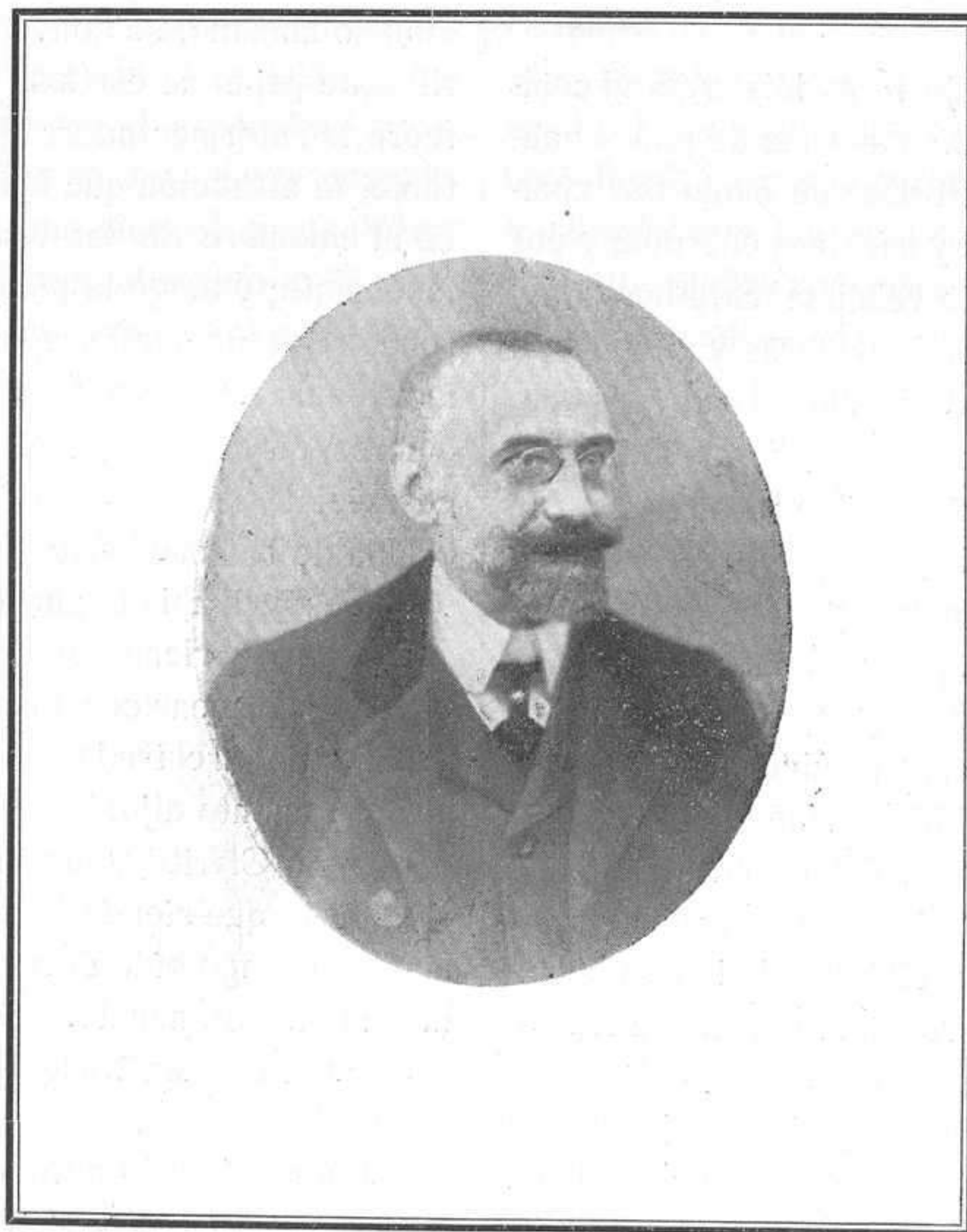


Cántabra

SUSCRIPCIÓN: En Santander 1,50 ptas. trimestre
En el resto de España 2 > >
En el extranjero 3 > >

Redacción y Administración: Santa Clara, 8 y 10, pral.
Toda la correspondencia al Director.—No se devuelven los originales.

CONCERTADO EL IMPUESTO DEL TIMBRE SOBRE ANUNCIOS



Evaristo Rodríguez de Bedia

MEMORIAS DE UNA CINCUENTONA

Novela por Evaristo Rodríguez de Bedia

I

—Al miraros al espejo, no podéis creer ni comprender que la labor de carcoma de unos cuantos años consiga transformar de modo tan completo nuestros rostros y nuestros cuerpos; y por la misma razón, cuando véis una cara hundida y afilada, llena de resquebrajaduras y pliegues, ó un rostro abotargado, de facciones grotescamente abultadas, y un cuerpo en forma de arco, cuerpo del que ha desaparecido toda línea fina y eurítmica, os parece imposible que el uno haya sido fresco, terso, bello, y el otro esbelto, erguido, arrogante. Aquí me tenéis á mí: yo fui joven, elegante, bonita... y si ahora os contara mis amores de hace más de treinta años, y os leyera los apasionados billetes que me escribieron apuestos galanes, y os relatara mis triunfos y mis conquistas, clavaríais vuestras brillantes pupilas en mis arrugas, el diablillo de la risa burlesca retozaría en vuestros labios y allá adentro, en vuestros inquietos pechos, de seguro protestaríais de lo que sin duda, habéis de juzgar ridícula mentira, que por necia vanidad yo forjaba. Y sin embargo, nada más cierto... Pero ya, ya pagaré vuestra juventud su fatuidad presuntuosilla; en sí misma lleva el castigo: como yo habéis de veros... y quiera Dios que no salga fallida mi profecía.

Las jóvenes que rodeaban á doña Clara acercaron más sus sillas á la *chaise longue* que la cincuentenaria ocupaba. No se reían: la sabida profecía las había impresionado. Aquellas caritas de cromos, aquellos sus rostros lindísimos habían de verse ajados, marchitos, deslucidos; aquellos

sus cutis de nácar, de pétalos de rosa, de terciopelo humano, se convertirían en triste mascarillas de papel de estraza. ¡Qué horror! Fuera, fuera tan atormentadores pensamientos. No obstante, la atracción que la señora mayor ejercía en el enjambre de tan vistosas mariposillas era fascinante; y luego la pícara curiosidad, que de rondón las acometía, aguijoneándolas con tanta insistencia... ¡Sería tan gracioso oír hablar de amores, oír cantar himnos á la vida á una señora casi vieja!

Una de las muchachas, cuyos ojazos azules, dulzones y limpios, parecían querer penetrar, acariciando y riendo en el cerebro de doña Clara para jugar con las antiguas memorias en aquel sitio archivadas, alzó su voccecita y con mimoso acento dijo:

—Doña Clarita, ¿por qué no nos cuenta usted algo de lo que siendo joven la ha sucedido?... A mamá la tengo oído decir que usted ha sufrido mucho en este mundo. ¿Será verdad? Al verla tan sonriente, tan tranquila, tan serena, nadie lo diría.

—Pues dílo tú, porque es verdad; sólo que las desgracias repetidas, cuando no matan, fortalecen la voluntad, dan vigor al ánimo para conllevar los sufrimientos, *crian callo* en la sensibilidad y ponen en el semblante esta carátula de la resignación tranquila, que alguien, que muchos, poco observadores, pueden confundir con la felicidad interna, con la paz del alma, con el letargo del dolor. Pero dejando estas consideraciones á un lado, y ya que pedís alimento para vuestra curiosidad, mientras se hace hora de que otras personas más agradables á vuestros

ojos y á vuestros corazones os entretengan de modo más grato, voy á contaros uno de los episodios de mi vida, que de enseñanza os puede servir.

Doña Clara cerró por un momento los párpados y permaneció inmóvil y silenciosa durante un minuto; después se estremeció ligeramente y súbito, aparecieron brilladores sus ojos. El recuerdo evocado acudía, hiriendo, sin duda, olvidadas cuerdas del no muerto sentimiento.

—Cuando tenía diez y ocho años, queridas mías, *hacía yo furor*; era la pollita de moda en la ciudad de...; y este era el motivo por el cual mis amigas fueron conmigo inconsecuentes, suspicaces, recelosas: por la causa más fútil me abandonaban; por la más ligera indiscreción de muchacha sin juicio, que con ellas cometiera, sentíanse agraviadas, ofendidas: todo en mí, decían, era fingido, todo lo convertía en medio para satisfacer mi intolerable vanidad, para servir á mi *endiosamiento*. La envidia, niñas mías, la envidia que además del diente negro y de la atravesada vista, que dice el poeta, tiene anteojos cuyos cristales son el recelo y la suspicacia. Bien sabe Dios que yo no era como ellas decían: con el corazón en la mano caminaba, abierto llevaba el pecho á los más nobles sentimientos, á los más intensos afectos; en mi cabeza no anidaba el orgullo, y la desconfianza en mi valer era tan grande, que mil veces me preguntaba: ¿Pero qué ven en mí, los unos para alabarme tanto, los otros para tanto envidiarme?

¿Os extrañará que en tal disposición de ánimo me ciñera y agarrara á un frágil apoyo, como se ciñe y agarra la solitaria y débil trepadora á los cañizales que el azar colocó á su lado? Ah, si yo hubiera tenido madre, robusto tronco de sano roble para mi sostén hubiera hallado en ella y no me entregara al amparo de... quebradiza caña.

Hacía diez años que mi padre, coronel de ejército, perdiera á su esposa, á mi madre, y cuatro que volvió á casarse con una señora muy buena, pero á la que sólo respeto podía tener. Necesitaba una amiga verdadera á quien confiar esos nimios secretillos de adolescente, esos sueños quiméricos y vagos de los primeros años de la juventud. Un día me presentaron mis padres á la hija de un jefe militar recién llegado á la población. Me sentí atraída por ella; de más edad que yo, su afectuosidad, su donaire, el no sé qué de sus ojos, la serenidad de su frente, su

abierto y franco semblante me inspiraron confianza ilimitada: creí que había hallado lo que tanto ansiaba: una amiga verdadera, mi confidente, mi *maestra*, la compañera del alma mía.

Más de un año hacía que conocía á Cecilia y nuestra amistad no se había entibiado; ni una nube de verano la obscurecía: mayor intimidad, imposible. ¡Cuántas veces dormíamos en el mismo lecho; cuántas la sabrosa fruta mordiscada por los dientes de la una pasaba á la boca de la otra! Cecilia se ufanaba de mis triunfos; yo me enorgullecía de los suyos; había entre nosotras una comunidad de sentimientos, casi podré decir de sensaciones, verdaderamente admirable: diríase que nuestras almas ó eran gemelas, ó se habían compenetrado, fundido, hecho una; aquello se parecía á un amor sin sexo.

Era una tarde de verano, lo recuerdo bien. Desde el paseo de la ciudad se distinguía un paisaje, un panorama encantador. Al pie de la colina, en el que aquel parece recostado, se extiende un vallecico fresco, verde, esmaltado de flores y avivado con las manchas blancas y amarillas de las pequeñas viviendas de colonos y hortelanos; ondulando, ondulando, el valle va alzándose poco á poco, formando luego oteros y collados en los que la naturaleza ha hecho prodigios de color con el verde esmeralda de los sembrados y el sombrío de los pinos y el azulado ó negreante de los árboles frutales, de los lentiscos, de las malezas, engalanadas con la nítida albura de las ropas puestas sobre ellas á secar. Detrás de los oteros y collados se levantaba, formando escalones, como dispuestos para por ellos poder ascender al sereno cielo, montañas rocosas, picachos agudos, moles de pizarra en las que el sol poniente reflejaba sus últimos rayos, haciéndolas brillar como luces arrancadas á macizos argentados, á láminas de ágata, á inmensas piedras de turquí y zafir.

Distraída la vista contemplando el paisaje, distraído el pensamiento en confusas é internas visiones, no veía que apoyado en el tronco de un tilo, frontero al banco de piedra en el que Cecilia y yo estábamos sentadas, con estático arrobo me miraba un hombre joven, arrogante... guapo. La mirada de aquel hombre tenía fluído magnético: yo sentí que mis ojos, como obligados por fuerza extraña, se separaban de la apartada perspectiva é iban volviéndose, volviéndose, hasta que tropezaron con las agrandadas pupilas del que con la atracción de ellas que-

ría fascinarme. Acá adentro se me agitó violentamente el corazón, se me suspendió el aliento y la sangre acudió presurosa á mi rostro y á mi cerebro; bajé la mirada, y quedo, muy quedito, pregunté á Cecilia, que me observaba con hurraños ojos:

—Queridita, ¿sabes quién es ese joven que tanto me mira?

Con brusquedad inusitada me contestó:

—No lo sé; cualquiera, algún danzante de esos que nos suelen visitar... Pero, hijita, es mucho, mucho... egoísmo el tuyo: todo lo quieres para tí; mas esta vez te llevaste el gran chasco: no es á tí á quien ha mirado y mira ese incógnito, es á mí, á mí.

Y sin decir más empezó á trazar rarísimas líneas geométricas con la contera de su sombrilla en la arena del paseo.

Yo me quedé yerta y sentí que mis lagrimales se me llenaban de agua amarga.

Encontrábame en violenta situación: jurara que el cendal finísimo que me ligaba á mi amiga se había aflojado, mejor aún, roto repentinamente; que mi alma se separaba de la suya, en tanto que las negras pupilas del joven del árbol la llamaban con signos misteriosos de idioma ultrahumano.

Al cabo de un rato de molesto silencio, Cecilia levantó la cabeza y me dijo:

—Creo que debemos ir en busca de mamá: ya sabes que esta noche hay concierto.

—Como quieras—la contesté.

En marcha nos pusimos. Una vez volví la cabeza: detrás de nosotras marchaba el joven forastero.

Asistí al concierto. A pesar de mi afición y de mis conocimientos musicales, en verdad os digo que aquella noche hubiera confundido una marcha jacarandosa y española de Chueca con una sonatina de Beethoven, y un vals de Strauss con un nocturno de Chopín... Mirándome con la enagenada insistencia de por la tarde, frente á mí estaba el forastero.

Cecilia se mostraba cariñosa conmigo; en uno de nuestros apartes me habló así:

—Clarita mía, me vas á perdonar: sufrí un error y estuve grosera contigo. A ese muchacho le has flechado; te come con los ojos. Está visto, chiquilla, y de ello me enorgullezco, que ó eres hechicera, ó tienes ángel, ó emanas filtros de amor, ó eres como el sol, que apaga las luces de las mismas estrellas. Pero ten cuidado, pues me pa-

rece que el mozo comienza á interesarte. Déjate, yo me enteraré por mi primo Pepe de quién es ese galancete.

—

Ocho días después recibí una carta seria y formal de mi nuevo apasionado. Se llamaba Pablo Guerra, me daba cuenta de quién era, noticias de la distinguida familia á la cual pertenecía y me indicaba las referencias que en la inmediata ciudad pudieran tomar de él.

Cecilia había vuelto á ser la amiga entrañable, la indispensable compañera; el cendal se apretó de nuevo. Ella me animaba; no cesaba de alabar á mi apasionado, de afirmar que haríamos una pareja encantadora. Dentro de breves días me daría noticias fidedignas referentes á Pablito; según la informaban, se iba ya sobre su pista.

Hacia cerca de un mes que mi asunto marchaba... viento en popa por el mar de esmeralda de la ilusión, cuando una mañana llegó Cecilia á mi casa. Parecióme contrariada y triste. En cuanto quedamos solas, me besó y abrazó repetidas veces con nerviosa fuerza. Me alarmé: la hora des acostumbrada, el aspecto, la excitación, la efusiva muestra de exaltado cariño de mi visitante me hacían sospechar que algún golpe cruel amenazaba á mi corazón sentimental... y así fué:

—Rica, riquina—díjome mi amiga, apretándome la frente contra su seno agitado,—ten ánimo y disponte á recibir un pequeño alfilerazo en tus ilusiones... Esto para tí no es más que ligera contrariedad... Lo que te sobran á tí son Pablos Guerras... Ves, ya te decía yo que no fueras incauta. ¡Qué afán por interesarse por lo nuevo, por lo desconocido! Todo lo de afuera nos seduce; es decir, os seduce á las pollitas, porque las mujeres, que como yo han cumplido veinte y cuatro años, ya saben con qué cerrojos se guarda el corazón y qué gafas se deben de usar para la vista.

—Por Dios, Cecilia, acaba, acaba de martirizarme,—interrumpí á mi amiga, sintiendo que el ansia y la angustia me ahogaban.—¿Qué sabes de Pablo?

—Que debes olvidarle antes de que logre apoderarse, como dueño y tirano, de tu albedrío. Que has de olvidarle porque no te conviene... y te lo digo yo, yo que tanto te quiero.

—¿Pero, por qué?—No podía contener los sollozos; me sentía desfallecer... Indudablemente comenzaba á sentir amor por el gallardo forastero: el primer, el primer amor de mi vida.

Cecilia me besó en los ojos y entre sus labios desaparecieron mis lágrimas.

--Porque es un bribón, porque es un elegante perdido, porque es un vicioso aristocrático.

Algo violento se revolvió en mi interior; algo protestó dentro de mi pecho; erguime y contesté con energía:

—¡Mentira! ¡Calumnia!

—Lo de todas: la suprema razón del sentimiento... ó del capricho herido; cuantas muchachas se encontraron ó encuentran en tu caso dicen lo mismo. Clarita, ten calma y serenidad.

—¡Calma!—mis dedos destrozaban el pañuelito de seda con el que me iba á enjugar los ojos.

De repente, una razón, un argumento, que yo creí irrefutable, acudió á mis labios:

—¿Perdido, vicioso? ¿Y entonces cómo se ha atrevido á dar referencias?

—¡Qué inocente! Es cierto que en Z... vive su familia, apreciada, respetable; es cierto que en las temporadas que con ella pasa, Pablo aparece como aquí, juicioso, correcto, irreprochable; pero en Madrid, su residencia casi habitual, se presenta tal como es: allí arroja la hipócrita máscara. Que se lo pregunten á los contertulios de una *Peri* famosa, que habita en la calle de... Pepe, Julio, Florencio me han informado de todo, y anoche, el primero de éstos, me enseñó la carta de un amigo suyo de la Corte, carta que no te he traído porque lo que se dice en ella del tal Guerrita haría ruborizar á los asistentes de tu papá.

Me rendí; mi credulidad, mi sencillez, mi poca experiencia, no encontraron argumento para contrarrestar la implacable acusación. El sentimiento gemía; pero la dignidad y mi amor propio herido sofocaban sus ayes.

Aquella noche mi madrastra fué enterada por la madre de Cecilia de lo que ocurría, y media hora más tarde, mi padre me llamaba á su despacho y me decía así:

—Mañana marcharás á León á casa de tu tía Manuela y con ella pasarás una larga temporada; yo te acompañaré y tu madre te enviará después el equipaje... Chiquilla, para evitar quemarse jugando con fuego, se aleja uno de éste.

Pablo, al notar mi desaparición—y esto lo supe bien tarde—buscó á Cecilia... De qué artes se valió la traidora no lo sé; pero la verdad del caso es que antes, mucho antes del año, Pa-

blo era el esposo de mi *fiel y cariñosa* amiga. Aún llegué á verla colgada del brazo, y todavía tengo clavada en mi retina la diabólica y triunfal mirada que al verme la malvada me dirigió.

Aquí llegaba el relato de la cincuentona, cuando con alegre alboroto penetraron algunas jóvenes en el salón. El enjambre de mariposas se separó de la que ya sólo vivía del ayer. Satisfecha la curiosidad, pasado el escalofrío que la narración las produjo, los brillantes fuegos fátuos que acababan de aparecer las atraían. En aquel momento, todas las muchachas eran otras tantas Claritas á quienes pudiera traicionar impunemente cualquiera vibora revestida con plumas de cándida paloma; cualquier lobo cubierto con los vellones de amable cordero podría morderlas en el corazón.

II

La historia que las contó doña Clara había aguzado el apetito á la curiosidad de las muchachas, de las cuales era tan buena amiga la desengañada señora.

El primer día en que volvieron á reunirse, asaltáronla de nuevo con sus peticiones de relatos é historias íntimas. ¿Y cómo no ceder á las exigencias de tan alocada gentecilla? ¡Lo decían con tanto mimo! ¡Ponían unas caritas tan mañosas, tan picarescas, tan lindas! Además, parece como que el que ha pasado por trances peligrosos, crueles, aflictivos, se complace en volver á rehacer en su memoria, al *socaire* de la tempestad, escenas en que fué actor, víctima ó cómplice, en hacer participante de sus aventuras de otros días ya lejanos, al que escucharlas quisiera.

El capricho de las chicas debía de satisfacerse; no había mal en ello, y casi casi podría pasar la cincuentona, así, rodeada de las niñas, un tantico talludas, por la moralizante narradora de «Los cuentos de la Granja».

El otro día, queridas mías, os puse de manifiesto la traición de una amiga y hoy os preparo otro ejemplo de lo que es la realidad de la vida; pero no quisiera que estas mis lamentaciones os dieran enojos, os entristecieran, fueran las gotitas de hiel que acibararan, siquiera por un momento, las dulcedumbres de vuestra sana alegría.

—No, no, cuente lo que quiera.

—Yo me muero por lo dramático.

—A mí me encanta oírla hablar.

—¡Se pone tan guapa! La brillan los ojos, se la colorea la cara, parece una—¿cómo decía el badulaque de Antoñito?—una Minerva enseñando el camino de la vida á las que en él entramos...

—¿Se te acabó la cuerda, bachillera... feminista?

—Callad todas y escuchemos á nuestra respetada amiga.

—Allá va, hijas mías, y Dios haga que no tengáis que aprovechar esta lección.

Habían pasado seis años desde... desde lo de Pablo Guerra, y el tiempo, grande amigo de los infortunados, médico que el Señor dió á la humanidad para curar ó aplacar los dolores del alma, medio borró de mi memoria la felonía que conmigo cometieran y cicatrizó la herida que recibí en el corazón. Otros dolores, otras penas, otras tribulaciones ayudaron á la obra.

Mi padre murió, y mi madrastra, joven aún, contrajo nuevas nupcias. Yo me encontré á los veinticuatro años dueña de mi fortuna y de mi persona. Mi caudal consistía en algunos títulos de la Deuda y en una hacienda—mixta de potrero é ingenio—en la isla de Cuba, herencia de mi abuela materna, que nació en la Gran Antilla. En Puerto Príncipe vivía un viejo pariente que era el que estaba al frente de mis intereses ultramarinos.

Eché mis cálculos, y al verme sola, aprovechando favorable coyuntura, marché á Cuba, decidida á vivir al lado del único deudo que me quedaba.

Mi llegada á la capital del Camagüey fué un acontecimiento para la gente moza: creíanme rica, era joven y, sin inmodestia, tenía agradable presencia y una cara bonita, lo que unido á mi calidad de forastera eran suficientes circunstancias para que en una población de poco más de treinta mil habitantes fuera yo, á los pocos días de mi llegada, la mujer de moda.

Entre los apasionados que más me asediaban se contaban dos jóvenes, por los cuales desde luego comencé á sentir algo así como simpatía ó amistad afectuosa: Gonzalo Moro y Arturo Quijano. El primero era hijo del país y el segundo peninsular, y ocupaba un buen lugar en el mundo administrativo—así decían sus amigotes.—Gonzalo, veréis, tenía un aspecto, era un tipo *quebradizo*, delicado: un rostro de expresión lánguida, melancólica; unos ojos vagorosos, soñadores, en los que de vez en cuando fulguraban

extrañas luces, fosforescencias de las violentas pasiones que se anidaban en aquel cuerpo de apariencia afeminada, pero en realidad verdaderamente masculino. Un detalle: cuando las sensaciones que experimentaba el cubano eran de esas que llegan á lo más recóndito del ser, cuando su naturaleza era sacudida y vibraba por la acción del entusiasmo, de la cólera, de la pasión, su voz suave y apagada se iba haciendo sonora y varonil; sus ojos agrandados se movían, rotaban, llenos de fuego y de vida; los ventanales de su nariz fina y perfilada se dilataban y recogían con movimientos fogosos é isocrónicos; su color de palidez mate se enrojecía, sus labios temblaban, su frente se alzaba airosa, y su talle tomaba una postura gentil, una altiva arrogancia desafiante: el contraste aquel entre la ordinaria languidez é indolencia y la varonil animación me seducía.

Arturo era un buen mozo, muestra perfecta de nuestras razas de origen celta, que, á despecho de los tiempos y de las fusiones y cruces con extraños invasores, se conservan todavía como vivas reliquias etnológicas—y perdonad, niñas, estas palabrotas pedantes... que se me han escapado—; pero en aquellos sus ojos grandes, azules, expresivos, con reflejos verdes y dorados, había á veces opacidades, velos oscuros que ocultaban los sentimientos de su alma.

Pronto Gonzalo y Arturo quedaron dueños del campo. Yo me iba interesando por ellos; pero... pero... me encontraba perpleja en la elección: los dos me agradaban y mi tío aseguraba que ambos eran buen partido.

Por aquellos días comenzaron á circular voces alarmantes, augurios fatídicos, profecías tremendas acerca de próximos trastornos políticos... cierto *venticello* que llenaba de frío los huesos, frío en unos de emoción, quizás de entusiasmo, en otros de temor, quizás de miedo. Sentíase ese malestar, esa zozobra que precede á las grandes crisis de la vida, sea individual, sea colectiva... el olor á la tormenta que no se ve, pero que se percibe, el hálito del mal que rastreando llega... Los criollos querían dejar de ser españoles; les quemaba en las venas la sangre íbera, *goda* decían algunos; renegaban de sus padres, de su historia, de los mandatos de la naturaleza; pretendían tremolar en las ricas vegas y en las tupidas maniguas, en las frondosas trochas y en las verdes montañas, en las

ciudades y en los poblados la bandera azul y blanca, la bandera de la estrella solitaria.

Una noche había reunión en casa de mi tío. Gonzalo y Arturo estaban allí; no podían faltar. Empezábanme á inquietar; aquellos dos hombres, lo adivinaba, lo sabía, se odiaban, que... si ya no podían ocultar su rencorosa antipatía. De un momento á otro la terrible pasión tenía que estallar. Finas ironías, miradas malévolas, competencia en esos pequeños escarceos de la galantería, discusiones en las que siempre habían de ser contrincantes... señales de la borrasca.

La conversación era general y como consecuencia del estado de los ánimos se habló de las aspiraciones de los insulares, de los temidos trastornos, y se barajaron nombres y se refirieron acaecimientos y poco á poco, y en *crescendo*, el parloteo tomó proporciones extraordinarias y amagos de violencia; los campos se dividieron; españoles y cubanos, olvidáronse de que se hallaban en casa ajena, de que la cortesía y la urbanidad tienen sus leyes...; pero vaya usted con leyes y consideraciones á gentes excitadas por la cólera.

—Sí, señores—decía Arturo con enérgico tono y mirando fijamente á su rival,—se conocen los traidores; pero que tiemblen: la fuerte mano de la ley los aplastará. Hijos ingratos, almas ruines, cobardes á los que se les debe hacer desaparecer de cualquier modo...

—Si se puede, y si hay *valientes* que á tanto se atrevan. Pero díganse cuantas alharacas se digan, hágase lo que se haga, ¡Cuba será libre!.. será libre, porque en el reloj de la historia y en la conciencia de sus hijos ha sonado la hora de la redención.

Al oír hablar con la vehemencia de sus momentos apasionados al criollo Moro, se revolvió dentro de mí, altanero y fiero, el sentimiento orgulloso de patriotismo, el amor á la tierra lejana, la altivez recia de la sangre castellana. Gonzalo se me hacía odioso, y la misma gentileza varonil con que transfigurado pronunció aquellas palabras de reto producían en mí efectos de repulsión invencible. A pesar de ésto, comprendí que era preciso terminar tan tirante situación, cortar rápidamente la mecha azufrada que iba á hacer estallar los acumulados explosivos, y así, procurando dar á mi rostro una expresión alegre y coquetona, poniendo en mi acento cadencias de sugestionadora melosidad, alcé la voz diciendo:

—¡Qué poco galantes están ustedes, qué cuestiones tan fastidiosas para ser tratadas delante de damas!... A ver, Arturo, Gonzalo, señores todos, silencio, que lo mando yo.... Vamos, Quijano, acérquese al piano y toque un rigodón. Gonzalo, le requiero á usted para caballero.

Me obedecieron: Gonzalo se me aproximó. Algo extraño ví en sus ojos: me pareció que su palidez había aumentado.

Con nerviosos dedos Arturo preludió unos rigodones de Metra; Moro me dió el brazo y con queda y velada voz me dijo:

—Clarita, las circunstancias lo exigen. Es necesario que sepa hoy, sin ambages ni subterfugios, sin velos ni eufemismos, lo que pasa en su corazón. Yo la amo á usted; á veces creo ser correspondido; á veces me parece que la sirvo de juguete y que el afortunado es... ¡Concluámos! Piense usted que el alma criolla guarda silenciosas y terribles violencias... Partiré á un viaje accidentado dentro de brevísimas horas, antes de que amanezca; quizás pronto nos volveremos á ver... quizás... ¡Clara, Clara, me ama usted?

Y su brazo oprimía el mío, y el suyo temblaba, y quemaba su aliento, y sus pupilas brillaban como dos carbones enrojados. Aquel brazo me parecía una serpiente que trataba de aprisionarme entre sus anillos; aquellas pupilas me daban miedo... ¡Partir en la misma noche! ¡Cuba libre!.. La voz de la lejana patria volvió á resonar dentro de mi pecho. Guardé silencio, silencio elocuente.

—¿Nada me dice?... Oh, es preciso que me ame usted. Lo quiero; lo exijo.

—¡Gonzalo!

—Necesito que me prometa, que me jure que, cuando vuelva á presentarme ante usted, me dará la mano de esposa.

—¿Está usted demente?

—Sí, lo estoy: concluámos. ¿Qué me contesta?

—Llamamos la atención, señor Moro. Ya están dispuestas las parejas; avancemos.

—¿Serás mi esposa? Recuerda lo que te he dicho. Si me dejas marchar sin esperanzas, en plazo breve te pesaré.

—¿También amenazas? Pues escuche usted: soy española y veo ante mí el abismo que se abre, que abre usted voluntariamente.

—Está bien... bien... Por ahora, todo ha con-

cluido entre los dos... por ahora. Disimulemos; á bailar.

Y su semblante volvió á adquirir expresión apática y melancólica, y su cuerpo la elegante languidez acostumbrada.

Yo experimentaba intenso terror. Para mí no había duda; aquel cuerpo tan *quebradizo* encerraba un espíritu rebelde, violento, terrible.

Y bailamos... ¡Ah, el mundo comedia es!...

Me dieron broma con el cubanito: para los tertulianos él era el favorito.

Al día siguiente la ciudad estaba en conmoción. En Jara, en el ingenio Demajagua, se había dado el primer grito sacrílego de muera España, que treinta años más tarde había de triunfar con el auxilio de ambiciosos aliados. El reto estaba lanzado públicamente: la lucha declarada.

Y había más: varios jóvenes de la aristocracia desaparecieron de la ciudad antes del alba; entre ellos, y á su cabeza, dicen que iba Gonzalo Moro... Tristes presentimientos me asaltaron.

III

Pasaron varios meses: la insurrección tomó formidables proporciones, Las huestes rebeldes avanzaban hacia el centro de la Isla. El gobierno de ésta se conceptuaba impotente para apagar el intenso incendio de la rebelión, que cundía ardiente como reguero de pólvora... y la metrópoli, la metrópoli hallábase trastornada por las violentas convulsiones de la inútil *gran revolución*, que al grito de ¡viva España con honra! iba á socavar los cimientos de su ya casi arruinada grandeza.

En tanto, yo recibí una carta de Gonzalo, que mandaba no sé que fuerzas *mambises*: era una verdadera y tremenda conminación.

Arturo vencía: acepté su declaración amorosa y comencé á quererle. Rendido, amante, apasionado aparecía el gallardo español.

De la Península me llegaron malas noticias: el pago de los intereses de la Deuda se retrasaba, y la horrible guerra civil alzaba su temida y fiera cabeza, dispuesta á inundar de sangre, á sembrar el luto por los valles y montañas, por las humildes aldeas y por las populosas ciudades.

En Arturo, que tenía el título oficial de... novio, comencé á notar cierta frialdad. ¿Por qué sería?

Era una noche de mayo. Yo estaba recogida; en la casa todos dormían. De pronto, resonaron repetidos golpes en el aldabón de la puerta. El negro portero abrió y se encontró con que el importuno era el mayordomo de mi ingenio, el mayordomo cubierto de polvo y con las visibles señales del más intenso terror. Pedía hablarme con toda urgencia. Acababa de hacer en seis horas y á caballo un viaje de veinte leguas.

Conturbada y nerviosa le recibí.

—Señorita, mi ama, ya no tiene usted plantaciones, ni negrada, ni *batey*, ni almacenes, ni quinta, ni ganados: el ingenio y el potrero han desaparecido. Los insurrectos lo han arrasado todo; los negros se unieron á la banda... de los blancos sólo vivo yo... los demás... allá quedaron destrozados por los afilados machetes. Yo me libré de la muerte porque el jefe insurrecto, un joven de porte fino, se opuso á que sus soldados me hicieran pedazos, diciendo: A este le necesito yo. Me hizo montar á caballo y me habló así:

—Vuela á donde esté tu ama, cuéntale lo que has presenciado y dile que Gonzalo Moro ha empezado su venganza: que ni olvida, ni perdona.

.....
Cuando ésto oí, sentíme morir. ¡Estaba arruinada!

—
Dos meses después Arturo partía para España. Entre los nuevos gobernantes tenía también padrinos...

Como el humo del incendio de mi hacienda se disipó su amor. Ya no era yo la rica española; era la pobre recogida en casa de viejo pariente, al que amenazaba la misma catástrofe.

—
Enfermé; pero Dios se apiadó de mí; me dió fuerzas, no me abandonó. Los años corrieron y volvieron para mí los buenos días... Pero .. pero aún no concluyeron mis penas.

IV

El gabinete preferido de doña Clara estaba tapizado de azul; en sus paredes no había otro adorno que un artístico retrato al óleo de una preciosa criatura, de una niña como de seis años de edad, blanca como el ampo de la nieve, con ojos muy negros y una cara de ángel de Murillo,

encuadrada en un marco de madejas de oro onduladas, copiosas, suaves. Un mueble llamaba grandemente la atención en aquel aposento: en uno de sus ángulos se veía una camita de madera de ébano cubierta por un pabellón de fina batista y vestida con una colchilla de tul con visos de color de rosa.

Doña Clarita no había tenido hijos ni sobrinos. ¿De quién era el retrato, que, al parecer, con tanta estimación conservaba la buena señora? ¿Por qué contarse entre los muebles de una mujer soltera una coquetona cama de niño?

Estas preguntas se habían hecho mil veces las amigas de la cincuentona; pero como doña Clara se mostró siempre sorda á las indirectas y á las sátiras, las curiosas concluyeron por acomodarse á la idea de que aquellos objetos encerraban un misterio cuya revelación nunca conseguirían.

Una tarde hallábanse de visita en casa de doña Clara algunas de las jóvenes que en varias ocasiones oyeron de los labios de ésta episodios de su historia. La cincuentona parecía por aquellos días delicada de salud; su mirada, de ordinario viva y fulgurante, estaba apagada, sin brillo, y sus mejillas se descarnaban visiblemente... Y sin embargo, ella aseguraba que nada anormal sentía ni en el alma ni en el cuerpo.

Reunidos se hallaban en el gabinete azul; la conversación languidecía. De pronto, el sol, que se había ocultado tras los sutiles vellones de pardas nubes, rasgó los vapores y lanzó un haz de rayos, que penetraron por las entreabiertas ventanas del gabinete; de lleno hirieron el retrato... la pintura resplandecía.

Una de las muchachas, la más atrevida y curiosa, que había ido siguiendo con la mirada aquellas ráfagas de luz, entre las que parecían danzar millones de corpúsculos metálicos, de polvillo multicolor, bajó los ojos y los posó en doña Clara; volvióles á elevar hasta el retrato y tornólos á fijar en la dueña de la casa...

—Doña Clarita—exclamó la joven observadora,—qué bonito está ahora el retrato, así, á la claridad; esa niña parece de nácar y nieve, de nieve y nácar que vive... ¡Ah!... Pero sí, lo digo, sí... ¿Qué hay en ello de malo? Esa preciosísima niña tiene algún parecido con usted.

Doña Clara se turbó.

—Qué indiscreta eres, chiquilla—murmuró la madre de la atrevida muchacha.

La cincuentona oyó la reprimenda y dijo así:

—Es natural la curiosidad y naturalísima la inocente observación... Pero, Eulalia, estás en un error; el parecido sólo existe en tu imaginación. Fíjate bien, y verás que nada hay de común y parecido entre mis facciones y las de esa pequeñuela. A ella me ligan... ó ligaron, no vínculos de sangre, sino los de un afecto muy profundo y vehemente; pero voluntario, en el que entraban la caridad... el recuerdo... la memoria. Es hora, mejor dicho, es fuerza, que os cuente quién era esa niña. Hoy necesito dar expansión á mi alma: no puedo reprimir el deseo de abrir una salida á lo que me urge y escarabaja en el corazón y en el cerebro... A esta misma hora—y era un día como el en que estamos,—hace veinte y un años... me arrebataron, ay, lo único en que yo cifraba mi esperanza, el único objetivo de mis anhelos, para que la muerte concluyera al día siguiente la obra de la injusticia humana. Escuchadme.

Tenía yo treinta años y había abandonado la isla de Cuba, de tan poco grato recuerdo para mí. La *cosa* pública parecía mejorar, y con este comienzo de bonanza mi maltrecha fortuna se reponía poco á poco... Moralmente, como dicen las gentes resabidas, psicológicamente, me encontraba vieja. ¡Había sufrido tantos desengaños! Y no porque, como rimaba el pseudo byroniano poeta, fueran «malditos mis treinta años», sino porque la adversidad se había cebado en mí... ¡y cuando se tiene sobre el alma un bagaje de penas, pesan tanto los años! Ya no pensaba en el mañana; el corazón se me había dormido... de cansancio, de fatiga, y mis esperanzas é ilusiones se elevaban de lo terreno para fijarse en el mundo de la verdad; los desengaños, las mentiras de la vida hacen al humano mirar al cielo.

Vivía en una hermosa ciudad andaluza, en la cual conservaba viejas amistades de familia, de las pocas que en estos tiempos se perpetúan de generación en generación, resistiendo los embates de la fortuna y las mudanzas de la suerte.

Mi ocupación favorita era la visita de asilos y hospitales. Situado en las cercanías de la ciudad, había uno de los primeros, hasta el cual no alcanzaron mis visitas. Pero una tarde me le ponderaron tanto, que, acompañada de una de las protectoras del benéfico establecimiento, fui á conocerle.

Era la hora de la recreación de los pequeñue-

los: en un patio-jardín, sombreado por naranjos y limoneros, jugaban á su albedrío; parecían bandada de pajarillos aprisionados, á los que repentinamente abren las puertas de las jaulas y dejan volar hasta el bosque. Acariciando á unos niños, sosteniendo con otros pequeños coloquios, llegué á un rinconcito en el cual, sola y sentadita en el suelo, había una rapaza como de cuatro años de edad; construía edificaciones de arena y parecía muy entretenida. Al acercarme levantó la cabecita, y sus ojos negros, negríssimos, impregnados de natural melancolía, se fijaron en mí... El corazón comenzó á brincarme dentro del pecho, y en mi memoria reapareció fresco y lozano el recuerdo del primer hombre que amé en la feliz edad en que ninguna tétrica nube empañaba el azul purísimo de las ilusiones... La niña, la asilada, era el vivo retrato en miniatura de aquel Pablo Guerra, tan vehemente y... olvidadizo.

La *hermana* que me acompañaba notó la alteración de mi fisonomía, y con acento de extrañeza me preguntó:

—¿Qué, señorita, sabe usted quién es esa niña?

—No, *sor...* Sólo que esa carita me recordó otros países, otros tiempos... ¿Quién es, pues?

—¡Pobrecilla! Su padre fué un hombre que ocupó gran posición social; su madre fué... es una desgraciada. Esta niña se llama Julia Guerra, y hace un año que ingresó en esta santa casa.

Me reprimí cuanto pude y dije:

—Interésame en gran manera esta infortunada. ¿Tendría usted inconveniente en darme más noticias de ella?

La monjita pareció vacilar un instante entre sus escrúpulos y la natural propensión femenina á decir cuanto se sabe y á veces... lo que se ignora, y me respondió:

—No creo que haya en ello inconveniente; si la curiosidad va movida por la santa caridad...

Un día una de las señoras que nos protegen habló á la Superiora para que se recogieran en el asilo á dos niños, de nueve y de tres años, que habían quedado en el más horrible abandono, en el más cruel desamparo. El padre de estos niños habíase arruinado con los trastornos públicos que hemos padecido, y conturbada su razón, hacía veinte meses que muriera en un manicomio. Su esposa vivió de las migajas de la fortuna, durante algún tiempo; pero... pero llegó

el momento en que recomendó los niños á una vecina, pretextando no sé qué urgente salida... y aún no ha vuelto... Y morir no ha muerto la... desnaturalizada madre. Recogimos á los abandonados; mas el mayorcito, desconsolado y triste, enfermó y así, paulatinamente, se consumió su pobre vida.

Yo no quise saber más ¿para qué? ¿No tenía ya la certeza de que aquella desdichada criaturita era la huérfana de Pablo Guerra? Una inmensa compasión, una indecible ternura inundaban mi alma, fundían mi sentimiento, hacíanme llorar *por dentro* lágrimas abrasadoras.

Me agaché, cogí á la niña y la cubrí de besos. Enseguida, sin soltar de mis brazos á la pequeñuela, dije, dirigiéndome á la monja:

—A esta niña la prohijaré yo. Su desgracia me ha conmovido... y conocí en días mejores á sus malaventurados padres.

V

Llenados los requisitos y formalidades del caso, Julita quedó instalada en mi casa... Dormía en esa camita linda que ven ustedes, al lado mío, en la alcoba de mi gabinete azul.

Ya no estaba yo sola en el mundo: tenía á quien querer... y me encontraba querida. En los niños no hay doblez, no hay mentira, dan todo lo que tienen... sin restricciones ni falsías. Imperfecto como su sér, aún no del todo formado, es su cariño; ¡pero es tan ingénuo, que satisface, llena, alegre, hace feliz á quien de él disfruta! Y eso me sucedía á mí; al cabo de tantas tribulaciones descansaba mi pobre corazón... No sé como será el amor maternal; desconozco sus bellezas, su intensidad, su grandeza; mas les aseguro á ustedes que el mío, el que llegué á tener á Julia, sinó era ese sublime cariño, era algo que á él se asemejaba.

Revivía, revivía. Grata me volvió á parecer la vida y así transcurrieron felices dos, ¡dos cortos años! ¡Cuántos proyectos para el porvenir! De nuevo ilusiones, sueños, esperanzas, esperanzas en cuyos alegres rayos de luz divina se bañaba siempre, siempre mi adorada niña.

Ay, poco dura lo bueno acá, en este bajo suelo; las florecillas que nacen en el «Valle de Amarguras» san efímeras; las lágrimas las ahogan, las convierten en légamo fétido y corrompido.

Mi pequeñita se sintió enferma.

—Madrinita—me dijo—tengo mucho miedo: aquí dentro, en la cabeza, me andan cosas muy raras... y se me figura que... que usted me va á dejar solita, en un sitio muy negro, muy frío, muy hondo; tengo miedo, mucho miedo.

Negruras y frialdades sentí yo también en el corazón... Llegó el médico, examinó á la niña y usando de su técnico lenguaje, germanía culta ó pedantesca, con la que los profesionales ocul-tan muchas veces bancarrotas de la ciencia ó insuficiencia personal, me habló de alteraciones en las masas *flexuosas*; de complicaciones car-diacas, de... meningitis. Yo no entendí la pala-brería; pero sí su terrible significación. Julia se me moría, se me moría. Quise cerciorarme más y obligué al doctor á que me hablara con el lenguaje de la verdad. También tienen para estos casos su ritual y formulario. No ca-bía duda: otra vez me iba á quedar sola en el mundo.

Sentada al lado de la cabecera del lecho de mi prohijada, con los ojos enturbiados por el llanto, contemplábala sumida en profundo sueño, un sueño que daba miedo...

Mi doncella entró á avisarme que en la sala me aguardaba la superiora del Asilo donde estu-vo recogida Julieta. Sentí un sacudimiento gene-ral, un temor inexplicable: videncia, presentim-ientos del mal que llega.

Temblando me dirigí al sitio donde me espe-raban.

—Animo, doña Clarita—me dijo la monja—Dios es el que todo lo dispone y sus órdenes son siempre, siempre sabias y justas y deben ser acatadas con humilde obediencia.

Después de oído semejante exordio no me quedaba duda de que alguna gran desgracia se cernía sobre mi cabeza... Y así era.

Una señora ataviada con lujosa ostentación se había presentado en el Asilo, reclamando á Julia; aquella... mujer era la viuda de Guerra, la madre... sin valor, que no supo ó no quiso de-fender el cariño de sus hijos... Herencia inespe-rada la devolvió su domado orgullo, tal vez su dignidad, quizás su conciencia, y se acordó de que prendas del alma reclamaban lo suyo, lo que ningún padre puede negar.

Aquella noche la pasé con fiebre. En mi pecho se revolvió airada la protesta... La vil amiga, que me arrebató con traidoras artes mis primeras

ilusiones, iba á robarme mi último consuelo, el beso de despedida del ángel que alegró mi cora-zón... La esposa que ultrajó la memoria del es-posito iba á usar de los derechos que las leyes... humanas, al fin humanas, la concedían: la madre, la mala madre que abandonó á sus hijos, recla-mábalos, cuando el tiempo de la desgracia había pasado, cuando otra mujer, á quien primero la compasión y después el cariño había hecho ma-dre de su hija, ocupaba su puesto... Oh, que aquella mujer no se presentara ante mí; que no tuviera el cinismo de pisar los umbrales de mi puerta.

Al día siguiente, bien tempranito, llegó el doctor con otro compañero enviado por Cecilia, ó por su abogado. Examinaron, auscultaron, pal-paron minuciosamente á la enfermita, discuti-eron en su jerga sabia y por conclusión, se pusie-ron de acuerdo. Entrada la mañana me llevarían á Julita. Podía sacarse de casa á la niña; la transportarían en un coche, bien arropadita; no había inconveniente; el traslado no traería com-PLICACIONES... además, la enfermedad era mor-tal, mortal de necesidad... lo malo era el disgus-to que la pequeña recibiera.

—Clarita—me dijo mi viejo doctor—tiene us-ted que hacer el sacrificio por completo: nada de lágrimas, de llanto, de congojas en el mo-mento supremo. Cara de comedianta y á urdir una mentira para engañar á la enferma, que los niños no saben mentir, y no creen en la mentira. ¡Dichosos ellos!

Y así lo hice: me reía, estaba muy alegre... como payaso enfermo. Inventé no sé qué tramo-ya y enredo para que la niña no se opusiera al traslado y la aseguré que yo iba á Madrid á com-prarla una medicina que la pondría buena; que mi ausencia duraría horas, durante las cuales una monjita nueva, vestida de señora, porque todavía la modista no la había hecho el traje, la cuidaría amablemente... Ah, la traería también de la corte una muñeca como no la tenían las hijas de la Duquesa, una muñeca vestida de ter-ciopelo, con un collarcito de perlas al cuello y unos pendienteillos de esmeraldas y zafiros y ru-bís en las orejas.

Llegó el momento: creí morir... La Superiora y los dos médicos estaban allí; á la puerta de la calle, dentro de cerrado *landeau*, aguardaba *ella*. En aquel momento supe lo que es el odio, esa ráfaga que brota del infierno de nuestras al-mas abrasadas.

Me acerqué á la camita... y retrocedí; no tuve valor para dar el último adiós, el postrer beso á mi hija, á la hija adoptiva de mi cariño, de mi afectuosidad siempre, ay, sin objetivos.

La Superiora cogió la niña en sus brazos. Yo corrí á ocultarme en el cuarto más apartado de la casa. A mis oídos llegó por última vez el acento de Julieta que me decía:

—Vuelve, vuelve pronto, madrina, que te espero, que te espero sin dormirme.....

No volví á oír más aquella voz querida, que en el cielo resonará pidiendo por mí... por mí, que tanto la quise, y que tanto la quiero.

Calló doña Clara, inclinó la encanecida cabeza y dos lágrimas rodaron por sus marchitas mejillas.

Evaristo Rodríguez de Bedia.



NOTAS SUELTAS

En el vapor *Ypiranga* llegó á este puerto el pasado domingo, de tránsito para Alemania, el expresidente de la República de Méjico don Porfirio Díaz, vencido por la revolución, pero lleno de prestigios, benemérito de su patria y á quien nadie, ni sus mismos enemigos políticos podrán negar nunca el respeto y la consideración que, en justicia, merece.

El ilustre gobernante fué un buen amigo de España. Lo demostró en muchas ocasiones y de ello dan fe cuantos españoles vivieron y viven en la República mejicana.

Merecedor es, por lo tanto, de la consideración y gratitud de todos los españoles, y de que no le han de faltar responde la hidalguía jamás desmentida de la raza.

El general Díaz vendrá durante el verano á Santander.

Ha llegado á sus posesiones de Labarces (Cabuérniga), acompañado de su distinguida familia, el exsenador por esta provincia don Guillermo Gil de Reboleño.

En el tren correo de Madrid, llegó el sábado pasado el general don Camilo Polavieja, venido á Santander con objeto de saludar al expresidente de la República mexicana don Porfirio Díaz, á su paso por Santander.

El general llegó acompañado de una hija suya

llamada Angelita. También le acompañaba su ayudante el coronel de ingenieros señor Malo.

El ilustre general marchó á Madrid el martes, siendo despedido por las autoridades.

Procedente de Gijón, en cuya Escuela de Comercio desempeña la cátedra de Alemán, que ganó en reñidas oposiciones en las que obtuvo el primer lugar, ha llegado á Santander nuestro estimado amigo y paisano don Heraclio Carús.

Ha salido para Madrid, donde asistirá á las solemnidades del Congreso Eucarístico, el excellentísimo señor Obispo de la diócesis.

Le acompaña el Secretario de Cámara y Gobierno don Jacinto Iglesias.

De vuelta de su viaje de novios por Francia y España, se hallan en esta ciudad don Jorge Dauphin, conocido profesor de idiomas, y su distinguida esposa.

Pronto saldrán para la Habana, donde se proponen fijar su residencia.

Han salido para Viérnoles nuestro distinguido amigo don Ubaldo de Aspíezu y su señora hermana.

HOTEL ARANA

Bidebarrieta, 2.—Teléfono 389.—BILBAO

SUCURSAL EN SAN SEBASTIÁN:

Easo, 16 y 18.—Teléfono 439

Imprenta de J. Martínez.—San Francisco, 15.—Santander

CORCHO HIJOS

SANTANDER

Maquinaria, calderería, fundición, bombas.—Reparación de buques.—Cocinas, bañeras y lavabos.—Presupuestos y catálogos gratis.

Salón Exposición en Madrid: Calle de Recoletos, 5

BUEN NEGOCIO

Se vende una casa situada cerca de la estación de los ferrocarriles de esta capital.

Para informes, en la Redacción y Administración de REVISTA CÁNTABRA, Santa Clara, 8 y 10, pral.

Á LOS FORASTEROS

Se alquila una casa solariega de dos pisos con huerta y fuente de agua superior, distante de la estación de El Soto-Iruz 10 minutos.

Para informes, en la Redacción y Administración de REVISTA CÁNTABRA, Santa Clara 8 y 10, pral.

LA ECONÓMICA

FÁBRICA DE HARINAS Y PAN

Molnedo, número 9

Venta de cebada, maíz y demás cereales y subproductos de la molinería

GRAN FÁBRICA

DE

CHOCOLATES DE AGUIRRE



Depósito: Artecalle, número 50.—BILBAO

ALFREDO RIVERO
SOMBRERERÍA

Gran surtido en los artículos del ramo

Plaza de la Constitución, 4

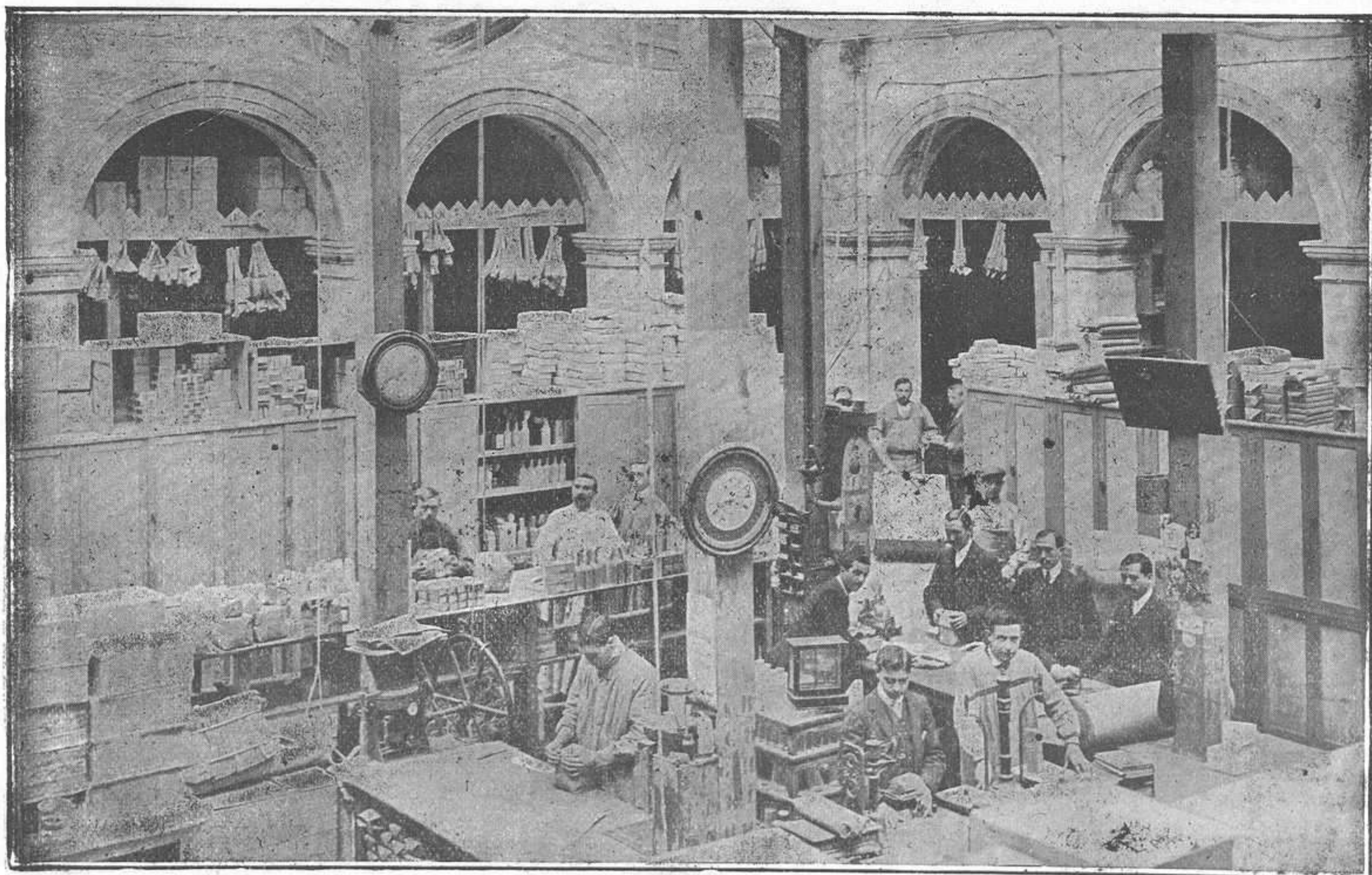
DESPACHO DE CARNES

DE

HIJOS DE J. ARPIDE

Abastecedores de la Compañía Trasatlántica

Mercado de la Esperanza, 21.



PEREZ DEL MOLINO Y COMPAÑIA.—Droguería y Perfumería

EXPORTACIÓN Á TODAS LAS PROVINCIAS DE ESPAÑA



FABRICA DE CALZADO
DE
PÍO NÚÑEZ

Carretera de Renueva, 11. — LEÓN

DESPACHOS

LEÓN -- { Catedral, 10 y 12
Plaza Mayor, 8
Bayón, 9

SUCURSALES

OVIEDO: Rua, 2 (Cimadevilla).
LA CORUÑA: Barrera, 5, y Real, 87.
SANTANDER: Bailén, 2.

CALZADOS

Venta directa del productor al consumidor

Única casa en España que graba las plantas de sus calzados en fábrica con el **PRECIO FIJO** que ha de pagar el comprador.

LA APARECIDA

FÁBRICA DE GALLETAS Y ROSQUILLAS

DE

JULIO OBESO GARCIA

PUENTE, 16

REINOSA

Galletas especiales para chocolate, té y café. Selectas rosquillas de Reinosa. Envíos y muestras á todas partes. Descuentos según los pedidos.

INTERESANTE PARA CABALLEROS

En la sastrería de Julián Sánchez encontrarán un magnífico surtido de impermeables color garantido, trajes y gabanes para las próximas estaciones de primavera y verano.

Corte irreprochable.—Inmejorables precios.

Lealtad, 2, (frente al nuevo puente)

SANTANDER

Anuncio en el interior de los tranvías eléctricos.— Más de TRES MILLONES de viajeros leen estos anuncios durante un año.

Anunciadora OPTIMA.—Manuel Herrera y Compañía.—Hernán Cortés, 1.

Todo negocio es bueno si se anuncia mucho.

AZULEJOS — CEMENTOS PORTLAND — CAL HIDRÁULICA

Y OTROS MATERIALES DE CONSTRUCCIÓN

JOAQUIN MADRAZO Y C. ^A Frente á la estación de los Ferrocarriles de la Costa

Teléfonos números 61 y 73

Anuncio en azulejo esmaltado.—El más llamativo. El más elegante. El más duradero. El más perfecto.—Anunciadora ÓPTIMA.—Manuel Herrera y Compañía.—Hernán Cortés, 1.

Ferretería.—Herramientas para toda clase de Artes, Minas y Agricultura.—Utensilios de casa y mesa.—Ubierna y Fernández.—San Francisco, 14.—Santander.

Monte de Piedad de Alfonso XIII y Caja de Ahorros de Santander.—Prado de Tantín.—Préstamos sobre alhajas, ropas, valores, créditos, hipotecas y sueldos.—Horas de oficina: de 9 á 1 y de 3 á 7.

Hotel Restaurant El Antiguo.—Calle de Bidebarrieta, Bilbao.—Menú á 5 pesetas, con vino ordinario, sopa, aperitivos surtidos, cuatro platos, repostería, postre surtido.—Un plato menos, 4 pesetas.—Se eligen los platos de la nutrida y variada carta diaria.—Confortables habitaciones desde 3 pesetas.—Hospedaje desde 10 pesetas.

La Zapita.—Lechería, proveedora del Sanatorio de Mardrazo.—Martillo, 2.

Compañía Santanderina de Navegación.—Muelle, 30.—Santander.—Servicio de transporte de ganados de Rotterdam á Santander.

El Nuevo Altillo.—Gran restaurant y casa de viajeros de Pablo é Isaac Benito.—Grandes reformas en los comedores; servicio esmerado, á la carta y por cubiertos; habitaciones confortables; cocina francesa y española.—Precios economicos.—Puente, 18 (al lado de la Librería Católica), Santander.

Despacho de carnes.—Restituto Pardo.—Plaza Nueva, número 65.—Se sirve á domicilio.

RESTAURANT "EL CÁNTABRICO"

DE

Pedro Gómez Hernández

Hernán Cortés, 9.—SANTANDER

Es el mejor de la población.—Comida francesa y española.—Servicio á la carta y por cubiertos.—Servicio especial para bodas y banquetes dentro y fuera de la ciudad y á precios muy económicos.—Hay habitaciones para los señores viajeros.

DESPACHO DE CARNES

DE

MANUEL FERNÁNDEZ

Plaza del Este, números 15 y 16

Especialidad en carne de vaca y ternera. Se sirve á domicilio.

Andrés Galarreta.—Taller de Encuadernación y libros rayados de comercio.—Plaza de la Aduana, esquina á la del Príncipe.

La Compañía de Maderas.—Muelle de Maliaño.—Santander, Bilbao, Madrid.—Importación de maderas de pino del Norte de América y Francia.—Talleres de sierra mecánica y construcción de cajas para envases.—Jambas, molduras y virutilla de madera para empaquetar

Motores, Dinamos, Transformadores.—Calefacción de edificios por vapor á baja presión.—Talleres: Mardrazo y M. Guitián (S. en C.)—Santa Clara, 11.—Teléfono número 216.

MÉDICOS

Especialista en partos y enfermedades de la mujer.—Dr. Herrera Oria.—Muelle, 7 y 8, 2.º.

Especialista en las enfermedades de la garganta, nariz y oídos.—Dr. Santiuste Buega.—Wad-Ras, 5, 1.º.

PROCURADOR

Emilio López Bisbal.—Abogado, Procurador de los Tribunales.—Wad-Ras, 3, 2.º

DESPACHO DE CARNES

DE

FERNANDO SANTOS

Plaza del Este, núm. 67

Se sirve á domicilio á quien lo solicite.

FARMACIA DE LA ALAMEDA

A. LLORENDA MAZO

* Aguas minerales. * Productos químicos. * Especialidades farmacéuticas nacionales y extranjeras. * Ortopedia, etc., etc. * * * * *

Alameda 1.ª, 6 y 8.—SANTANDER

Café Restaurant del ANCORÁ

HIJOS DE VICENTE GUTIÉRREZ

Muelle, número 5.—SANTANDER

Casa de primer orden.—Servicio á la carta y por cubiertos.—Especialidad para bodas y banquetes con servicio especial.—Gran terraza en los meses estivales.—Conciertos por reputados artistas.—Helados.—Teléfono número 181.

DESTILERIA Y BODEGAS "SANTA MARINA"
PROPIETARIO
BALDOMERO LANDA. — Udalla (Santander)

PEDID EN TODAS PARTES

ANÍS UDALLA * ES EL MÁS RICO É HIGIÉNICO
DE LOS CONOCIDOS

PARA DETALLES

JULIO PALACIOS = «LA MAR» = SANTANDER

PEDID
La Perra Gorda

CREMA POPULAR
LAS EN KILOG

...PARA...
CALZADO ...Y...
CUEROS

SOCIÉTÉ GÉNÉRALE DES CIRAGES FRANÇAIS SANTANDER

CAJA: 10 céntimos



LIBRERÍA MODERNA
DE
MARIANO ALVIRA
Años de Escalante, número 10
SANTANDER

Surtido de obras españolas y extranjeras. Centro de suscripciones á todos los periódicos y revistas. Tarjetas postales de fantasía y vistas de Santander y toda su región.

Servicio de encargos con rapidez

*Enfermos del estómago é intestinos,
tomad siempre el*

AGUA DE

HOZNAYO

— LA MEJOR —

AGUA DE MESA

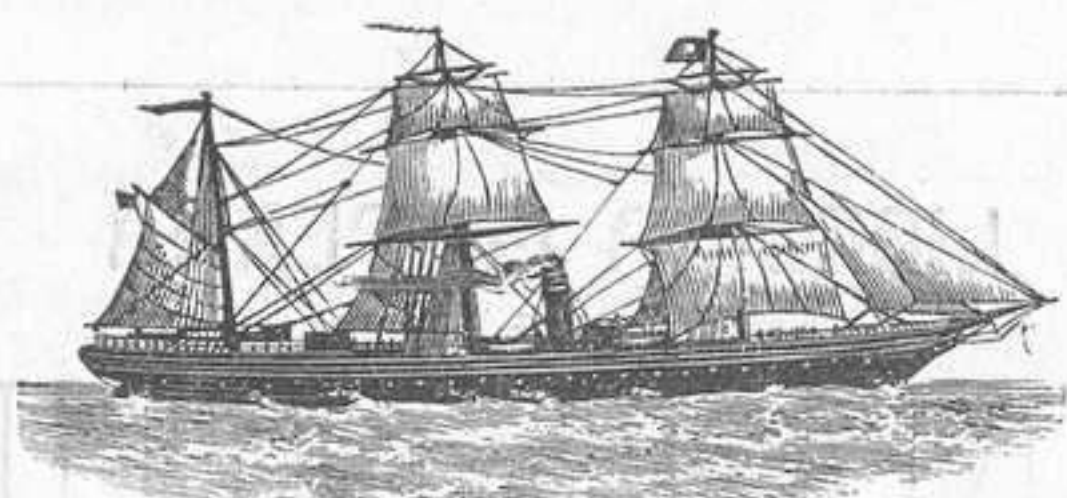


GRAN SALON DE PELUQUERIA

Boulevard de Pereda, 16.—SANTANDER

AL LADO DE LA CONFITERIA GADITANA

SERVICIO ESMERADO



VAPORES CORREOS
DE LA
COMPAÑIA TRASATLANTICA ESPAÑOLA

Servicio mensual regular el día 20 de cada mes

ENTRE
SANTANDER, HABANA Y VERACRUZ

PARA INFORMES
Hijos de Angel Pérez y Comp.^a
Muelle, 36.—SANTANDER

CHOCOLATES

“LA MONTAÑESA”
STILLERO (SANTANDER)

Despacho en Santander: Muelle, 7 y 8
Thés y cafés superiores, Bombones, Napolitanas

PEDID EN TODAS PARTES

LOS EXQUISITOS VINOS DEL

Marqués del Mérito

Especialidad en Jerez y Cognacs

PIANOS ERARD

LOS MEJORES DEL MUNDO

Representación y depósito exclusivo en España

CASA DOTESIO

Wad Ras, 7 (Plaza de Pombo) SANTANDER

* * * * * Música de todas las ediciones. * * Instrumentos
para bandas y orquestas. * * Pianos de las mejores mar-
cas. * * Armoniums para capillas. * * * * *